

Se proyectan diapositivas y sobre las figuras graciosas, o brutales (el gran contraste goyesco) de aquellos cuadros establece las comparaciones con otros no menos célebres estableciendo sus diferencias.

Cita ante el retrato de Fernando VII una frase de Rafael Domenech, director del Museo Nacional de Artes Industriales, que dice, que Fernando VII en aquel cuadro arrastra el manto real como un mal cómico, por la escena envilecida de su corte.

Destaca la Maja Desnuda y cita el maravilloso color que Goya le supo dar reviviendo é inmortalizando a la Duquesa de Alba, aunque con la natural discreción que imponían entonces, la índole de aquellos asuntos (en prueba de esta discreción nos cita, la suposición de que la cabeza no fuera en realidad la misma del modelo).

Pasan otras cuantas diapositivas ante las cuales nos mostró nuestro compañero, los aciertos ó defectos de Goya; y terminó su charla siendo muy felicitado.

A continuación D. Alberto Mateos

Comienza agradeciendo las elogiosas palabras que le ha dedicado el señor Director del Centro, en su breve disertación al comienzo del acto, y destaca el acierto con que el alumno Señor Romero ha enjuiciado la labor artística de Goya, así como la sucinta biografía que del mismo ha trazado.

Sigue diciendo que se propone hacer, por medio de las obras más representativas del genial pintor de Fuendetodos una evocación de lo que pudiera denominarse el tiempo de Goya, la época de Goya o, más propiamente, el Madrid de Goya.

Alude a los retratos de Carlos III, Carlos IV y Fernando VII, cuyo recuerdo le sugieren anécdotas y comentarios de las reales personas y de su tiempo, así como de los personajes más destacados de sus respectivos reinados: políticos, literatos, cómicos, toreros, etc. refiriéndose á aquellos tres condes (Aranda, Campomanes y Floridablanca) merced a cuyo estímulo progresivo realizara Carlos III su magnífica obra política, social y cultural, que si tuvo un ápice de impopularidad debido fué a la medida adoptada por el Marqués de Esquilache, su ministro, que hizo reaccionar al pueblo en el motín conocido con el nombre de este personaje.

Se ocupa de los festejos reales celebrados con motivo de la subida al trono de Carlos IV, entre los que destacaron las corridas reales en que Pedro Romero, Pepe-Hillo y otros famosos lidiadores despacharon veintitantos toros por

tarde en la Plaza Mayor, lugar madrileño en donde, además, presenciaba el pueblo, con frecuencia, aquellos autos de fé con que la Inquisición ahogaba en el humo de sus criminales hogueras lo más grande y lo más bueno que la España producía.

Da lectura a una carta de aquel grotesco infante don Antonio Pascual,—Presidente a la sazón del Consejo de Regencia—dirigida a su sobrino Fernando—huésped forzoso de Napoleón, en Bayona—cuyo estilo pintoresco y cuyos conceptos groseros causan hilaridad en el auditorio.

Recuerda y diseña la Corte Fernandina; la abigarrada y pintoresca Sociedad de aquella época no bastante sancionada con la severidad de la Historia y la patria maldición; el mentidero literario que era la Fonda de San Sebastián, a donde concurrían entre otros ingenios el malhumorado don Leandro Fernández Moratín, Cadalso, Clavijo y García de la Huerta; y el mentidero de representantes que contaba entre sus mas insignes histriones á Mahiquez, La Torre, Julián Martínez, «La Tirana», «La Pichona», «La Caramba»..., ídolos populares en los coliseos de la Cruz, del Príncipe y Caños del Peral.

Remítase luego á la época Calomardina y, por tanto, al fallecimiento en Burdeos de Goya, dedicando un recuerdo al patio de San Andrés, del cementerio de San Isidro, a donde fueron trasladados los restos del pintor desde Zaragoza y en donde descansaron durante muchos años junto a los de una magnífica representación de la España del pasado siglo.

Termina con una evocación de la ermita de San Antonio de la Florida que es una maja más, chulona y verbenera, en aquel paraje goyesco. En ella descansan definitivamente los restos de plicaro sordo que desarrolló en su bóveda esa magnífica obra que representa una predicación del bienaventurado cuyo nombre lleva la ermita; obra que, como casi todas las que sus pinceles produjeron, se halla impregnada del humorismo clásico de nuestra raza, que informa, también, toda la literatura castellana; obra que, aun cuando de carácter religioso, se halla desprovista de misticismo, puesto es completa la ausencia en ella de misterio, estatismo y devoción, al punto que influímos por el calor de humanidad que emana de los ángeles (majas, arrancadas de la entraña de Madrid para representar las bellezas paradisiacas), del propio Santo y de su auditorio, nos creemos trasportados á la sociedad goyesca.

A lo largo de su disertación salpimentó algunos parajes con cantares, décimas y epigramas que el vulgo hacía correr de boca en boca para zaherir a tal cual dómine, o para comentar irónicamente los más salientes luceros.